



# Dialogando con nuestros lectores

## Fiestas de sociedad

Angel Arín de Ormazábal, S. J.

*Invitado a fiestas de sociedad que cuestan miles de colones, me asalta la duda de si podré asistir a ellas ante la miseria de quienes no tienen ni lo indispensable. Trato de aquietarme pensando que es mío lo que gasto y aun con ello favorezco a otros. ¿No se tratará de escrúpulos debidos a una supersensibilidad social?*

Como ve, he resumido su extensa consulta en estas breves palabras, porque ellas dan suficiente idea de lo que Ud. pregunta. Y ahí va mi respuesta, clara y contundente.

Los excesivos gastos que se hacen en algunas fiestas de sociedad, representan algo más que una ostentosa exhibición de vanidad. Suponen, sin duda, una invitación a las clases humildes para que desplacen su resignación por un espíritu incendiario, cargado de odios y resentimientos. Este dinero alegremente gastado hace más propaganda que todos los discursos de los dirigentes comunistas más demagogos y resulta más eficaz que todas las cáusticas intervenciones de los gobernantes y diplomáticos soviéticos en las Naciones Unidas. Con tan bonita suma, por ejemplo, como la que se gastó en los famosos Balets del peruano Marqués de Cuevas en Biarritz (en tiempos ya no tan cercanos, \$ 100.000), se hubiera inundado de optimismo la tristeza de los hospitales y el dolor de los enfermos, y las lágrimas de los que ven prolongarse sus dolencias por falta de medios se transformarían en gozo y los niños vagabundos dejarían de callejear y las inteligencias despiertas, lejos de malograrse en la miseria, llegarían a los

colegios y universidades y las chozas llenas de carroña situadas en los arrabales urbanos, darían paso a viviendas dignas y decorosas. ¡Qué malabarismos esos gastos pródigos en las manos de los que conviven con el dolor y administran los recursos que les llegan por un cuentagotas! Todavía habrá quienes digan que cada cual puede hacer de su capa un sayo, que el que usa de su derecho a nadie daña.

Estos argumentos pertenecen a un estado de cosas, por fortuna desaparecidos. El "dejar hacer, dejar pasar" de la economía liberal, es incompatible con la moderna concepción sociológica de la propiedad que ha borrado de ella todo cuanto tuvo de derecho absoluto. De este conglomerado de derechos y obligaciones que es la propiedad en su sentido espiritualista, brotan reivindicaciones especiales que se exigieron un día en nombre de la Justicia, mas no bastando esta invocación se pidieron después en nombre de la Caridad. La moderna doctrina del abuso del Derecho; la intervención estatal cada día más intensa en la esfera del Derecho privado; la protección de los económicamente débiles en las relaciones arrendaticias laborales; los arrendamientos indefinidos impuestos por la escasez de viviendas y espacios cultivables a punto de convertir la antigua locación de cosas en una institución censal; las aspiraciones de facilitar el acceso a la propiedad de los que quemaron su vida junto al tajo y de elevar el nivel de la clase media que, por encontrarse en el centro, nunca participó de los privilegios del capital ni de las conquistas del proletariado, siendo ella por las exigencias sociales la clase más proletaria, integrada por pobres con apariencias de señoritos; la tendencia a asegurar al obrero contra el hambre y el infortunio; las continuas exhortaciones pastorales por el salario justo; las encíclicas pontificias; el advenimiento de un verdadero espíritu de clases en los que viven del trabajo personal; son signos inequívocos de una realidad social que se ha superpuesto al liberalismo decimonónico incapaz de satisfacer el derecho de todo ciudadano a mejorar su nivel de vida.

No se puede ser buen católico viviendo a espaldas de la miseria ajena, y mucho menos, mofándose de ella dilapidando tantos miles de dólares en la francachela de una noche. Quien no vive ni siente el espíritu del Evangelio, no comprenderá la divina belleza de la moral cristiana porque en las nebulosas del mundo antiguo, Jesucristo es el faro de una civilización cuyo elemento esencialísimo es precisamente la Caridad. Se ha hablado con insistencia de la apostasía de las masas y de su huida de los derroteros católicos. De mil formas se pretende explicar tal fenómeno. Muy lejos de afrontarse con sincera decisión esta aguda crisis moderna, se quiere explicar atribuyéndose ora a su ignorancia, ora al virus de las doctrinas disolventes. Es cierto que la ignorancia expone a las masas a la rapiña de los embaucadores que se apropian de su personalidad como el caballero gris en la leyenda del hombre que vendió su sombra. Pero las doctrinas disolventes se combaten con otras que no lo sean, sobre la base de un programa de realizaciones sociales y de ejemplos por parte de las clases elevadas, de suerte que tengan éstas la virtud de arrastrar. Las masas han sentido junto al hambre material de sus organismos depauperados, el agobio del hambre espiritual de sus almas, huérfanas de la eficiente nutrición de la justicia social.

Aprendan los de abajo que la propiedad en sus justos límites es un estímulo del trabajo y del ahorro y un seguro para el mañana, pero sepan

también los de arriba que no todo lo que contabilizan en el haber de sus libros es ganancia justa y que Dios no perdona la apropiación de lo ajeno mientras no se dé o restituya lo que indebidamente se retuvo o detrajo. Aprendiendo los unos a mirar el capital con respeto y los otros el trabajo con humanidad, se logrará que ambos factores de la producción convivan sobre aquel signo "fraternitatis" de la antigua "societas omnium bonorum" de los romanos atemperado a las circunstancias y necesidades de los tiempos nuevos.

Por otra parte, sabido es que la aristocracia, nacida bien en los campos de batalla, bien en las lides de las letras, de las ciencias o de la beneficencia, tiene ante la sociedad estrictos deberes, siendo el de dar pie a la emulación el que goza de especial preferencia.

La vida puede ser un rosal hermoso si nos preocupamos de podar las espinas de los odios para dejar limpia la rosa de la Caridad. Es flor suave como "la brisa de abril" —ha dicho alguno—, pero delicada como una magnolia, y cuando a ella se acerca el egoísmo, palidece, se deshoja y muere.

